

## APOSTAR POR EL BIEN MIRANDO HACIA ADELANTE

Hay dos tipos de tontos, los que hacen el mal para que su foto salga en la primera página de los periódicos, e incluso llegan a las más altas cumbres de la miseria por un día de publicidad, y aquellos otros que —cuñas de la misma madera— hacen asimismo lo que sea e incluso el máximo bien de que son capaces, con tal de que caiga sobre ellos la luz de los focos y el cuadernillo de los taquígrafos. Unos y otros tienen también en común el no mirar hacia adelante, sino el contemplar el propio ombligo. Decía una vez un por mí admirado escritor que el más terrible narcisismo es el que a todo trance busca que hablen de él aunque sea después de muerto y a costa de haber muerto en vida (acopian esfuerzo para que sus nietos les vean convertidos en cita bibliográfica a pie de página).

Sin embargo los tontos, cuanto más buscan la primera página y su foto en ella, (retocando eso sí con todo artificio y con sombras de carboncillo aquel ojo que, avieso, tenía tendencia al estravismo, o limando esta arruga tan molesta, o aparentando negligente decadencia, en fin) tanto menos la han de hallar, porque el mal (y su debilitación, la tontera) cuanto más buscan la primera página y los grandes titulares tanto menos los encuentran. El mal esquiva el bulto prefiriendo las formas impersonales de la relación: *Se dice, parece que...* Por un reflejo instintivo el delincuente tapa su cara ante las cámaras en última instancia, porque lo lamentable, lo malo, es negativo, o si se prefiere decir con los clásicos de las Teodiceas, es una causalidad defectiva, parasitaria, deficiente.

Lo contrario ocurre cuando el bien es bueno, esto es, mira hacia adelante con potencia vital. Allí donde el bien, allí la fuerza del agente, la subjetividad operante con rostro y señas de identidad. El bien pide autoría, porque *autor* significa ni más ni menos que *augmentador*, antípoda del maligno que disminuye cuanto roza; en sentido propio autor sólo lo hay del bien y esto es lo que hace historia, espesor de comunión, vocación de fidelidad al proyecto recibido y renovado.

Sócrates —es un tópico más que sabido— decía que si tú supieras a dónde te llevan los malos pasos que estás dando no los darías en modo alguno, así que, más que malo, cuando cometes ciertas acciones u omisiones otras eres ignorante. Nada más falso sin embargo. A veces calculamos exactamente (al menos con la exactitud que cabe esperar de lo humano) el efecto de un mal cuidadosamente programado con premeditación, nocturnidad, alevosía y otras agravantes. ¿Por qué, por qué tanta ruindad? Sencillamente: Porque nos da la gana, porque *podemos y queremos ser ruines* en ocasiones. Bebemos el alcohol que nos daña, fumamos el tabaco que nos perjudica, comemos lo que nos hace pupa, y ni el propio escarmiento parece tener suficiente fuerza como para disuadirnos del mal paso. Siempre queda bien echarle la culpa a nuestra supuesta ignorancia olvidando que como decía Hegel aquella cerilla lleva en sí el estigma del incendio. No es raro pensar que los negros de Jamaica nacen borrachos y vagos (más listo era Aristóteles y así lo decía de los esclavos), antes que aceptar que en Norteamérica hay mucho "diligente" con la cosa ajena. ¡Existe el mal, insiste el mal! Hijo de australopitecino, oprime y llena de horror la gran ciudad del homo sapiens actual, con tanta presencia y pregnancia, que la omisión del bien se torna cotidiana, hasta el punto de que ya no se cae en la cuenta del mal generado por omisión. Cuando el sensible a dicha omisión

quiere evitarla muchas veces se ve solo, corre el riesgo de enfermar, y se quiebra: El alma bella se convierte en corazón duro, duro por la dureza con que juzga al menos la ajena omisión.

Ahora bien, percibir tan sólo el lado sombrío no es sano; el optimista ve medio llena la misma botella que el pesimista contempla medio vacía. Así que supongamos que en medio de todo esto un bello ser humano decide con la máxima seriedad de que sea capaz: *Yo quiero ser bueno, yo quiero llenar mi vida haciendo el bien, yo quiero filtrar el mal dejando pasar sólo el bien; que mi vida sirva de riñón purificador; que sea capaz de pasar como paloma de paz y no como buitre carroñero; que atraviese la ciudad hedonista con ligero equipaje y grandiosa carencia de necesidades; yo quiero regalarte cada instante de mi fragilidad, reconociendo que pese a mi limitación ella es lo único que yo puedo regalar; quiero decirte que mientras yo te ame tú no morirás...*

Y comienza luego el difícil día a día ejercitable o bien bajo el signo de la gratuidad (querer ser bueno porque Dios es Bueno) o bajo el signo del Héroe Rojo, aquel Stachanov que laboró día y noche gratis por la revolución en la nuda convicción altruista. Ambos tendrán que arrostrar las resistencias que se oponen a su proyecto: El teísta, desde la cruz resucitada; el ateo, desde las cruces irrisurrexas sin otra esperanza que la de una eventual racionalidad evolutiva de la especie. Entre las dos opciones existe una zona ambigua e indefinida, tan sólo centrada en lo inmediato: Me gusta la felicidad de los míos, no quiero tener que recordar de males hechos. Tal modo de operar se mueve en función del individuo, no de la especie, pero puede llegar a enderezarse contra ella; Cuando soy solícito con mi gato al que jamás consentiré en dar una patada, pero no vacilo en contribuir al robo del Norte al Sur, o en ir a la guerra para defender no se sabe qué oscuros asuntos. Determinados anarquistas incapaces de retorcer el pescuezo de una gallina en Nochebuena fueron fáciles al disparo del gatillo contra otros hombres. Nos consta que el Presidente de los EE.UU. es delicado con los suyos, pero no nos consta que lo sea con los nicaragüenses.

Pero volvamos a quien, a la vista de tanto mal, decide hacer el bien. *Quiere*, pero a veces no puede, o viendo lo mejor y aprobándolo hace lo peor; de buenas intenciones se dice que está lleno el infierno. Entonces corre el riesgo de desesperarse, y abandonar su proyecto. No ha sabido pedir auxilio, y ha olvidado *la cruz*. Ciertamente existen personas que parecen talmente la encarnación del doliente, pero el mero dolor no es garantía de nada cuando no está vivido desde la esperanza ni desde la convicción en la amistad del Crucificado. Y es que cruz la hay sólo para quien vive el *sentido* del dolor y del fracaso: El siervo doliente de Yahvé está en la antipoda del Prometeo encadenado que ve cómo el águila le come el hígado cada mañana. Para el creyente en el Crucificado, el dolor puede incluso llegar a ser (sin masoquismo alguno) una gracia: para el Hércules cargado de músculos, el fracaso puede ser mortal. Mientras ciertos desgarros vividos autocéntricamente hacen mucho daño, nada más generativo de sentido capaz de apostar por el bien, que el entusiasmo desde la debilidad. No para Superman ni para los fuertes (quienes a juicio de Nietzsche deciden qué sea bueno o malo), sino para los últimos está reservado el ser primeros. Serán bienaventurados quienes debilitados en su ser se dejen querer, en su poder para poder ser dignos de su ser. Así que no hasta con querer ser bueno. *Hay que querer ser querido para poder poder*. De lo contrario ¿me tendría que convertir en Vice-Dios e ir desfaciendo hasta la extenuación cada entuerto en cada instante, propio y ajeno; hasta superar mi escasa capacidad, mi penuria, mi instinto de conservación? Sólo aguantará la tarascada del mal, por el contrario, quien sepa abandonarse al bien por saberse querido desde la Cruz por amor: Pues sólo el amor es inmortal e invicto. Tal es justamente el paso al frente del creyente, frente al mero voluntarista *Heautontimorómenos* que al final se desploma sin haber podido auxiliar al otro, antes al contrario tras haberse destruido a sí propio. Mientras en el poema bayroniano Cain pregunta a Lucifer "¿Sois felices?" y Lucifer responde "Somos poderosos", para el creyente en el

Crucificado las cosas se plantean de otro modo. Para el pagano Cristo nació en el 752 de la fundación de Roma, en la Olimpiada 194; para el cristiano inauguró el tiempo, llegando ya un momento en que se pasa de dudar que Cristo sea Dios, a que resulte incomprendible que Cristo no sea Dios, es decir, incomprendible un Dios que no fuera Cristo. Y un Cristo no crucificado sería igualmente incomprendible.

Y la expresión de la fe no es la tensa vigilia de Ulises atado al palo del mástil, sino la *oración* a un Dios que es Amor, Padre Bueno, por lo cual no lleva razón quien se niega a rezar alegando: "¿Para qué voy a hablar a Dios, si El conoce de sobra cuanto voy a decirle? Conoce incluso lo que estoy pensando y, consiguientemente, percibe muy bien este resto, ese inevitable desajuste que existe siempre entre lo que se dice y lo que se piensa. ¿Qué es al fin y a la postre toda oración, sino un estado del alma mal expresado? O quizá un estado de alma en cierto modo corrompido por la autocomplacencia, por el prurito de una sinceridad más bien literaria, por la tendencia innata a excusarnos, a defendernos, a presentar las cosas desde el ángulo más favorable... ¿Para qué entonces orar?"<sup>1</sup>. Y es así como el hijo rebelde decide torpemente no ponerse en manos del Amor, por no querer reconocer que cuando uno se siente pobre lo suyo es pedir.

Sólo hay felicidad, dice Zubiri, si lo definitorio de un acto es capaz de ser elevado a definitivo<sup>2</sup>, pasando de la mera condición de respondiente a la de responsable, de voluble a volente. Sin actitudes profundas, los actos unos además de otros terminarían siendo meras estructuras aditivas fuera de la corriente vital ordenada. Para que el sujeto sea realidad posidente ha de ser realidad esente, y de esta manera cada determinación tendrá el carácter de una modalización progrediente e integradora —o mejor integrificadora— de los actos exteriores en toda la unidad e integridad del hombre que aspira a vivir humanamente, y tal no podrá darse sin una apertura profundísima, sin una voluntad apertural orante. Quien se abre a Dios pidiendo socorro vivirá socorriendo y socorrido, con una estructura gerundial y ejecutiva; para él la vida ya no será mera decurrencia o interurrencia, sino *socorrenca*<sup>3</sup>, pues toda vivencia se habrá hecho constitutivamente conectiva, sponsoria simbólicamente, simbólica por cuanto símbolo es co-volición, que los griegos expresaban en forma de anillo partido en dos. En esto radica la vida fuente del amor acompañado desde la cruz en la oración.

Sabemos que toda la vida del hombre es cambio, auge y caída. Constitutivamente flexivo, su flexión o fluxión no siempre acaece bajo el signo del bien, pues en ocasiones se curva sobre la propia redondez egoísta a modo de circunflexión que niega el auxilio al otro o que niega el pan y la sal a la trascendencia. Y es entonces cuando desfallece y destapa blasfemo el frasco de sus dolores olvidando que no puede ser fuente del mal quien creó el cielo y la tierra y se hizo hombre y por nuestra causa fue crucificado. Pero hay momentos en que el hombre enloquece, y pierde su humor diciendo: "¿Te parece, Señor, de tanta hermosura este mundo que has creado? ¿Hasta tal punto estás enamorado de sus perfecciones que no tienes ojos para sus deficiencias? Yo no sé si obro mal al pronunciar ante Ti ciertas palabras cuya paternidad me sonroja: Si eres el Hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan, haz que estos sufrimientos y tribulaciones desaparezcan. Por si acaso, prefiero apropiarme la frase de un siervo tuyo: ¡Retírate de mí para que pueda alegrarme un poco!"<sup>4</sup>.

Pero el creyente jamás encontrará la salida del mal que le corroe en la negación de Dios. Dice el maestro Eckhart que "el animal más rápido en orden a la perfección es el sufri-

<sup>1</sup> Cabodevilla, J. M.: *La impaciencia de Job*. BAC, Madrid, 1967, p. 88.

<sup>2</sup> Zubiri, X.: *Sobre el hombre*. Alianza Ed., Madrid, 1986.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 237.

<sup>4</sup> Cabodevilla, J. M.: *Op. cit.*, p. 88.



miento"<sup>1</sup>, y que lo envía Dios, que "nunca toma a un hombre postrado si hubiera podido hallarle de pie"<sup>2</sup>. Para quien sufre en Dios "nada llega jamás al corazón sino a través de la divina dulzura, en la cual pierde su amargura"<sup>3</sup>, dado que "cuando el sufrimiento puro es por Dios y en Dios, mi sufrimiento es Dios"<sup>4</sup>. Y entonces "cuanto mayor, tanto menor es el sufrir"<sup>5</sup>. Hay más: No sólo que por Dios y en Dios mi sufrir se diviniza; es que el sufrir de Dios en la cruz por el hombre mismo es prueba de una solidaridad salvífica jamás pensable fuera del Crucificado. Esto sí que es misterioso. Es así como se hace posible que nuestra apuesta por el bien mirando hacia adelante no sea vana.

**Carlos Díaz**

**Del Instituto E. Mounier, profesor de Filosofía, Universidad Complutense (Madrid)**

<sup>1</sup> Eckhart, M.: *Die deutschen und lateinischen Werke*. Kohlhammer Verlag, Stuttgart, 1958 ss. I, p. 252.

<sup>2</sup> I, 144.

<sup>3</sup> I, 206.

<sup>4</sup> I, 207.

<sup>5</sup> II, 529.